

La salvación prometida

Versículo Clave: “Así dice el SEÑOR: En tiempo propicio te he respondido, en día de salvación te he ayudado; te guardaré y te daré por pacto del pueblo, para restaurar la tierra, para repartir las heredades assoladas.”
— ***Isaías 49:8***

***Escritura
Seleccionadas:
Isaías 49:1-13***

LAS PALABRAS “EL Señor me llamó desde el vientre” en el versículo uno de la Escritura Seleccionada de hoy indican una vocación predeterminada para Isaías como profeta de Dios. Se usan expresiones similares con respecto a otros portavoces de Dios, pero fue más eminentemente cierto de Cristo, quien fue llamado al gran oficio de redentor del hombre. (Lucas 1:26-38). Aunque Isaías a menudo profetizó sobre Judá y Jerusalén, en nuestra lección, proclama

la salvación mucho más allá de Israel. Al mirar la corriente del tiempo hacia la obra redentora de Cristo, Jehová dice, por medio del profeta: “Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel. También te haré luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra”. (Isa. 49:6, versión en inglés de la Nueva Versión Internacional).

En Isaías 61:1-3, el profeta detalla algunas de las características asociadas a la salvación que se cumpliría a través de Cristo. “El espíritu del Señor Dios me acompaña, pues el propio SEÑOR me ha ungido, me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones destrozados, a proclamar la libertad a los cautivos, a gritar la liberación a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del SEÑOR y un día de venganza de parte de nuestro Dios; a dar consuelo a los que están de luto, a cubrirlos de honor en lugar de polvo, de perfume de fiesta en lugar de penas, de traje festivo en lugar de abatimiento. Los llamarán “robles fruto de la justicia”, plantío para gloria del Señor”. Si bien esta profecía se cumplió principalmente en Jesús, entendemos que se aplica también a los miembros ungidos de su “cuerpo”. Esta unción simbólica de la Iglesia es por medio del Espíritu Santo de Dios, que fluye de Cristo, la Cabeza, a todos los miembros del cuerpo durante esta Edad Evangélica presente. (2 Cor. 1:21,22; 1 Juan 2:27).

El Apóstol Pablo interpreta el “tiempo aceptable” que se encuentra en nuestro Versículo clave, como se aplica al cuerpo ungido de Cristo. “Como colaboradores de Dios, los exhortamos a no recibir la gracia de Dios en vano. Porque él dice: ‘En el tiempo de mi favor los escuché, y en el día de salvación los ayudé’. Les digo que ahora es el tiempo del favor de Dios, ahora es el día de la salvación”. (2 Cor. 6:1,2, NIV). A esto, el Apóstol Juan agrega: “Así es como sabemos que vivimos en él y él en nosotros: Él nos ha dado de su Espíritu”. (1 Juan 4:13, NIV). Así entendemos, por las palabras de los profetas y los apóstoles, que el cuerpo de Cristo es asistido por el poder del Espíritu Santo durante la Edad del Evangelio, su “día de salvación”.

La salvación prometida por Dios para todos, de la

que habla Isaías, depende de que se complete el cuerpo de Cristo, porque el profeta dice que el Señor proveerá a toda la clase ungida, “por pacto del pueblo”. Una vez completo, Cristo, con su cabeza y cuerpo, traerá para toda la humanidad “los tiempos de la restauración de todas las cosas, del que Dios ha hablado por boca de todos sus santos profetas desde los comienzos del mundo”. (Hechos 3:21). Por lo tanto, seamos fieles para que el cuerpo de Cristo pueda completarse y así poner fin a la “noche fatigosa de la tierra”. ■